

El Nocturno OP. 88 del Maestro Medina

LA CANCIÓN DEL DOLOR, EL AMOR
Y EL TRIUNFO

La personalidad de un compositor se manifiesta en su plenitud sólo después de haberse desvinculado de todas las influencias exteriores, de todas las tendencias que en su cultura hayan dejado alguna huella despótica, purificando su yo en el ara de su predestinación. Es el más sublime sacrificio que puede hacerse en nombre del categórico y ético imperativo de Kant: "Tú debes".

Tales fueron mis reflexiones durante el concierto efectuado en el Conservatorio la noche del 24 de julio último, mientras oía el Nocturno, op. 88, de Franco Medina, ejecutado por la orquesta de los alumnos.

Este Nocturno es el himno de la juventud austera; rayo de luz en lo subconsciente, llanto nostálgico de un alma ansiosa de sosiego.

El compositor nos revela esa reconciliación consigo mismo, ese *volver a ser* que no se logra sino en la meta de todos los caminos del conocimiento.

El implora la muerte, pero no de un mártir sino de un joven *Sheik*, que arrebatado a una de esas libres tribus del Sahara se enfrenta mirando cara a cara y con firmeza a la inflexible Parca.

Antes de cerrar sus ojos él oye por la última vez la recóndita canción de la Esfinge, que se escucha sólo cuando el sol tramonta. Sus lamentos no son los del débil rechazado por la amante; son las pesadillas del hombre fuerte que ha dejado pasar su juventud obscura, ignorada y pura en dedicación fecunda, esforzada y generosa.

Grieg y Medina son los únicos compositores que se han arrodillado delante de la egipcia Esfinge para penetrar su arcano. El uno oriundo de la fría Escandinavia y el otro, de la América Tropical. El primero,

Esclavos, sujetos unos a otros para que no puedan escaparse, marchan con la cabeza baja hacia Roma, a través de los desiertos. Los legionarios romanos los conducen. Entre éstos, hay muchos hijos rubios de la Germania que contemplan somnolientos la constelación de la osa mayor, cuya prolongación les señala el norte, donde, entre espesos bosques, está su patria. Imágenes hace tiempo olvidadas surgen de nuevo en sus cerebros, piedras sagradas ante las que las sacerdotisas hincan las rodillas, caballos blancos sacrificados a los viejos dioses. Con ojos angustiosos miran los esclavos a estos mercenarios que dejan pasar al santo matrimonio con completa indiferencia, sin presentir que aquella familia había de repartirse con ellos, siglos después, el poder de Roma, pues el cristianismo tendría el imperio de lo espiritual y el germanismo el de lo material.

Hans V. GAUDECKER.

sin coraje, se atemoriza en presencia de la desconocida inmensidad y cierra sus oídos para no oír la doliente melodía del Desierto. El segundo, de carácter fuerte y reflexivo, comprende el lenguaje del misterio y siente y graba en su ser la música divina, alejándose después con el tesoro conquistado.

Grieg se llevó un bloque granítico, con gesto de turista que enriquece su colección con los recuerdos de sus viajes.

Medina bebió el respiro ardiente y palpitante de la Mujer-Leona y se conmovió hasta alcanzar el dón divino de la inspiración, contemplando la mirada, alucinante y fija en lo Infinito, de esa Hembra—virgen absoluta y perpetua—que siempre espera el Varón imposible para darle sus alas.

Grieg compuso "La Canción de Solveig": la virgen perpetua que, fiel hasta el último instante de su vida, ya vieja y ciega espera aún al novio, a la puerta de su cabaña, y lo recibe cuando éste es ya un anciano impotente y exhausto: un culpable penitente. Lo cual hizo decir a Henrique Ibsen cómo Grieg había hecho hablar a la Esfinge en su propio idioma anglo-sajón; pero no comprendió el canto que salía de cada una de las oquedades que el viento sopla en la cabeza del Monstruo.

Medina, al contrario, no preguntó nada a la Esfinge pétreo. Esperó impávido delante de aquel testimonio de la antigüedad secular, hasta la puesta del sol y, cuando comenzó la "Sinfonía del Desierto", inclinó su cabeza pensadora y "oyó" la canción perpetua de la Naturaleza.

En este momento Medina es panteísta; y nos ofrece en su Nocturno, los fragmentos de aquella melodía grandiosa que sólo un oído pitagórico puede interpretar.

La composición de Medina es el reflejo de toda su vida íntima; y sus profundidades armónicas nos recuerdan el Llano y los inmensos morichales de su gran país: Venezuela.

Los sentimientos líricos de su alma van directamente al corazón y lo cautivan, sintiéndose nuestro ánimo inundado por un torrente inefable de emociones, que rompe el dique de la indiferencia con la fuerza de la sinceridad, estableciendo entre autor y público una compenetración sentimental de armónica idealidad.

Assen COJLENSKY.

(De "El Universal")

**SOLICITAMOS
PERSONAS DE RESPONSABILIDAD
PARA AGENTES DE ESTA REVISTA
EN LAS POBLACIONES DEL
INTERIOR.**